Newton Compton Editores

Este libro es una obra de ficción. Los personajes, organizaciones y eventos que aparecen en ella están al servicio de la ficción o son obra de la imaginación de la autora.

Título original: *The Bookshop Ladies*

© 2024, Faith Hogan
© 2026, de la traducción por Paula Parra Cotelo
© 2026, de esta edición por Antonio Vallardi Editore S.u.r.l., Milán

Todos los derechos reservados

Primera edición: octubre de 2026

Newton Compton Editores es un sello de Antonio Vallardi Editore S.u.r.l.
Pl. Urquinaona, 11, 3.º 1.ª izq. Barcelona, 08010 (España)
www.newtoncomptoneditores.com

Gruppo editoriale Mauri Spagnol S.p.A.
www.maurispagnol.it

ISBN: 979-13-88259-01-2
DL: B 11.841-2026

Diseño de interiores:
David Pablo

Composición:
Grupo Ormo

Impreso en octubre de 2026 en Puntoweb s.r.l., Ariccia (Roma), en Italia.

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico, telemático o electrónico –incluyendo las fotocopias y la difusión a través de Internet– y la distribución de ejemplares de este libro mediante alquiler o préstamos públicos.

Faith Hogan

Una librera como amiga

Traducción de Paula Parra Cotelo

Newton Compton Editores
Barcelona, 2026

A los libreros y libreras, a quienes trabajan en marketing *y comunicación, y a todas las personas que apoyan mis libros con entusiasmo mediante reseñas, blogs y a viva voz: estoy tan agradecida que no sé cómo expresarlo con palabras. ¡Gracias!*

Todo irá bien, y todo irá bien,
y sea lo que sea, irá bien.

JULIANA DE NORWICH

Prólogo

Joy estaba tan absorta en la niebla y en los recuerdos de la noche que olvidó indicarle al taxista que girara a la derecha, hacia la Rue de Penthièvre. Ya se habían pasado el desvío hacia su apartamento. De no haber sido por Yves, podrían haber recorrido varios kilómetros más sin que se diera cuenta. Por suerte, el conductor se incorporó a una calle lateral y enseguida retomaron el camino correcto. La densa neblina la obligó a entrecerrar los ojos mientras intentaba discernir las siluetas familiares de la ciudad. Normalmente, al llegar a esa zona, solía alzar la mirada hacia Montmartre. Incluso después de tantos años, aquel barrio seguía dejándola sin aliento, iluminado y majestuoso sobre París. A pesar de haberse impregnado del estilo francés, en el fondo seguía siendo una estadounidense fascinada por la hermosa ciudad. Aquella noche, una bruma plateada envolvía los tejados de zinc y borraba los andamios habituales bajo el dramático perfil de la basílica. En lo alto, las viejas farolas parecían estar suspendidas de las nubes. Desde su apartamento, sabía que ni siquiera alcanzaría a ver las tejas de terracota de los tejados más cercanos. En noches así, la ciudad le resultaba más enigmática que nunca. O quizá solo fuera aquella noche en concreto. Tras la fiesta, tenían la sensación de encontrarse ante un nuevo comienzo. Ahora que Yves se había retirado de la profesión que había sido la gran pasión de su vida (después de ella, claro), estaban a punto de embarcarse en una nueva aventura juntos.

Aquella noche reinaba tal oscuridad que no se veía más allá de unos pocos metros, justo lo que conseguían iluminar los faros del coche en la estrecha calle.

–Ha sido una noche maravillosa –le murmuró Yves, sentado a su lado.

–Y tanto –asintió ella, pero en secreto deseaba llegar a casa, a su apartamento, y hundirse en el mullidito sofá tapizado que había comprado en un mercadillo cuando era lo suficientemente joven como para preocuparse más por las historias ajenas que por la suya. Menos mal que se le había ocurrido dejar la calefacción encendida–. Felicidades. Ha sido la fiesta de jubilación perfecta.

Alargó la mano y le apretó la suya. Estaba sorprendentemente frío, así que se acercó aún más a él. Pronto llegarían a casa sanos y salvos y estarían tan ricamente en su cómodo apartamento.

–Me cuesta creer que ya haya llegado el final –dijo en voz baja, y ella supo que, a diferencia de su insignificante trabajo como consultora de *marketing* y publicidad, Yves se retiraba de una carrera que no solo había sido muy lucrativa, sino también su gran obsesión de toda la vida.

Su fiesta de jubilación se había celebrado en la elegante galería que había abierto muchos años antes, justo cuando empezaba a hacerse un hueco en el mundo artístico parisino. Sin embargo, la galería era solo una pequeña parte de su trayectoria. Yves Bachand, su querido marido, había dedicado la mayor parte de su vida a importar y exportar exquisitas obras de arte y a descubrir nuevos talentos. Había ayudado a muchos artistas que, de otro modo, jamás habrían tenido la oportunidad de exponer su obra ante un público amplio y entusiasta. Yves había rescatado a innumerables artistas noveles del anonimato y había convertido sus carreras en obras aclamadas y exitosas. La fiesta de ju-

bilación de aquella noche había reunido a personalidades destacadas no solo del mundo artístico francés, sino también del internacional, en el que era una figura respetada.

Joy se sentía orgullosísima de él y no pudo evitar sonreír porque todo había sido muy diferente a su fiesta de jubilación. Un discurso soporífero del director ejecutivo, acompañado de paté servido sobre unas galletitas saladas (ella detestaba el *foie gras* y, dado que la mayoría de sus compañeros libraban la misma batalla, su rechazo distaba de ser excepcional). El vino blanco estaba tibio, pero estaba rodeada de compañeros a quienes consideraba amigos. Comparada con la celebración de Yves, donde el Bollinger literalmente fluyó como la lluvia primaveral en Seattle, aquella reunión le parecía modesta. Los aperitivos estaban exquisitos; le resultaba imposible identificar sus ingredientes, pues en el paladar se desplegaban como una delicada combinación de sabores extraordinarios. Los discursos rebosaban ingenio y estaban salpicados de bromas internas de las que ella no formaba parte, pero cuando llegó el turno de Yves, él le apretó la mano y le agradeció su presencia con efusividad. Dios, lo quería con locura. Los años compartidos habían pasado demasiado deprisa. Como cualquier pareja, habían atravesado altibajos, pero desde el instante en que lo conoció no pudo imaginar una vida sin él. Incluso en los peores momentos –después de cuatro abortos espontáneos y de un bebé que había fallecido prácticamente al llegar al mundo– Yves permaneció a su lado, apoyándola. Ahora esperaba con ilusión la nueva etapa que les aguardaba.

Lo miró y él esbozó una sonrisa.

–¿Qué te parece si, al llegar a casa, sirvo dos copas de coñac y nos sentamos un rato a ver cómo la niebla engulle la ciudad?

El apartamento que compartían tenía vistas a los tejados de terracota de París. A lo lejos se divisaba el punto más alto de la Torre Eiffel, solo la punta, detalle que le confirmaba a Joy que de verdad vivía allí, en Francia. Era un mundo aparte del Medio Oeste donde había crecido. Se había marchado de los Estados Unidos tras el fallecimiento de su madre; siempre habían sido solo ellas dos. Ya no quedaba nada que la hiciera regresar. Sin duda, había mucha distancia entre Ely, en Minnesota, y París, pero Joy se sentía tan francesa como estadounidense. Su hogar era un piso de dos habitaciones con un despacho desordenado y un amplio comedor para recibir invitados. El dormitorio era modesto, pero había sido suyo desde que se casaron y ella adoraba su encanto clásico, con puertas demasiado altas, molduras intrincadas y un suelo de parqué original que brillaba como la miel bajo la luz del sol matutino. Conocían a la mayoría de los vecinos, principalmente parejas como ellos, que se acercaban a la jubilación tras haber independizado a sus hijos y solían mirar con recelo a los recién llegados.

–Podríamos fingir que somos los únicos que vivimos en París –añadió Yves.

Sonrió cuando Joy miró por la ventanilla del coche, ya que apenas podía ver más allá de donde los faros iluminaban la carretera.

–Me parece el plan perfecto.

Ambos habían esperado con ilusión el día de su jubilación. Técnicamente, todavía le quedaban algunos años antes de retirarse, pero a Yves no le costó convencerla para dar el paso. Podían permitírselo, así que ¿por qué no disfrutar de unos años mientras aún conservaban la salud y la energía necesarias para vivir plenamente? Mientras el taxi seguía avanzando en silencio por las desiertas calles de París,

Joy pensó que aquella sería una de esas noches que permanecerían para siempre en su memoria, pues marcaba el comienzo de una nueva etapa en su vida juntos. Apenas lo había mirado, compartiendo con él aquella felicidad silenciosa, cuando oyó jadear al conductor. Se giró, aunque no lo bastante rápido: solo alcanzó a ver las luces borrosas de un coche que se acercaba a toda velocidad. Demasiado tarde. El otro conductor se había saltado un semáforo en rojo. El taxi giró con violencia en el cruce, deslizándose como un patinador sobre hielo, mientras el tiempo parecía ralentizarse hasta volverse irreal, como ocurre en las pesadillas.

Joy nunca supo qué ocurrió después. Sintió cómo su cuerpo se elevaba del asiento, salía despedido hacia delante y luego era brutalmente aplastado contra la puerta. Extendió una mano, se aferró al reposacabezas delantero y consiguió incorporarse durante un instante decisivo. Todo sucedió tan deprisa que más tarde se preguntaría si habían llegado a decirse algo, si intentaron advertirse el uno al otro. Fue instantáneo y, sin embargo, el impacto se desarrolló con una lentitud grotesca. Horrorizada, vio cómo el Renault se estrellaba contra el lateral del taxi. Contra el lado donde iba Yves. El choque fue ensordecedor. Al menos así lo recordaba. O quizá, con el tiempo, terminó por convencerse de que lo había sido.

–No –gritó Joy, porque en el fondo sabía lo que estaba a punto de ocurrir. Aunque también comprendía que nada de lo que hicieran podría evitarlo.

Vio a Yves con los ojos desmesuradamente abiertos y, de pronto, contempló cómo salía despedido hacia un lado, por detrás de ella. De algún modo, se había quedado sentada en el borde del asiento, aferrada al del copiloto para no salir volando. El coche giró. Otra vez. Y otra. Y otra más.

Los escaparates, casi a oscuras, desfilaban una y otra vez ante sus ojos, como si estuviera atrapada en un tiovivo monstruoso.

–¿Estáis bien? –gritó el conductor.

Joy oyó el clic del cinturón al desabrocharse y el sonido metálico resonó en medio de un silencio espeluznante. El taxista estaba ahora arrodillado, el cuerpo girado hacia atrás, intentando comprobar el estado de los pasajeros.

–Mi marido, Yves, está… –Joy no encontraba las palabras. Sabía que intentaba referirse al impacto, pero sentía que todo lenguaje útil, cualquier pensamiento coherente, se había evaporado de su mente–. Pide ayuda.

Ni siquiera estaba segura de que el taxista la hubiera oído porque, de repente, empezó a sentir un zumbido en los oídos tan intenso que podría haber estado sentada en lo alto del campanario de Notre Dame y le habría parecido más silencioso que aquello.

–Hum –Yves hizo un sonido extraño, pero Joy estaba tan concentrada en intentar liberarse del enredo del cinturón de seguridad que no se percató del ruido hasta que oyó lo que parecía una serie de gorgojeos espumosos a su lado.

–Yves –gritó.

Se estaba ahogando. ¿Se estaba ahogando? Joy lo agarró del cuello. Consiguió deslizar la mano por detrás de su espalda y desabrochar el cinturón de ambos. Cuando por fin se liberó de la tensión, cayó hacia delante con un golpe seco y doloroso, luego se giró en el estrecho espacio entre los asientos para verle el rostro. Yves miraba fijamente al frente, con los ojos muy abiertos y la mano pegada al pecho de forma extraña.

–Dios mío.

Supo de inmediato que no se estaba ahogando. Era peor, mucho peor: estaba sufriendo un infarto. El sudor le corría

por el rostro; incluso en la oscuridad del coche, distinguía las gotas finas brillando en su frente y deslizándose por sus mejillas. Los segundos parecían durar una eternidad. Era plenamente consciente de su propia respiración, de los latidos de su corazón, de la sangre que le golpeaba las venas con tanta fuerza que sentía que iba a estallar. El mismísimo Vesubio, allí mismo, en una calle de París sumida en un silencio sepulcral.

En algún lugar, a lo lejos, oyó una sirena. ¿Se dirigía hacia allí? Por favor, que llegara la ayuda.

–Llama a una ambulancia, mi marido no se encuentra bien –le gritó al conductor. Aunque estaban a apenas unos cientos de metros del apartamento, sentía que se hallaban a millones de kilómetros de cualquier lugar.

Se inclinó hacia delante e intentó deshacer la corbata que Yves había anudado con tanta destreza antes de salir hacia la fiesta, pero el estrecho espacio trasero del coche se lo impedía. Tenía los dedos sudorosos y temblorosos y no conseguía deshacer el nudo, así que tuvo que forcejear con ella hasta que su marido levantó una mano para apartarla. Desesperada, le desabrochó los botones de la camisa.

–Tranquilo, amor. Todo irá bien. No te preocupes.

Pero lo estaba perdiendo delante de sus narices. Su mirada rebosaba de pánico, movía los ojos de un lado a otro frenéticamente. Su respiración, caótica apenas unos instantes antes, se había vuelto tan tenue que Joy contuvo la suya, como si al hacerlo pudiera ayudarlo a quedarse con ella.

–Ay, mi amor.

Quería desahogarse llorando con todas sus fuerzas. Entonces vio el móvil de Yves tirado en el suelo. Lo cogió y marcó el número de emergencias. Le parecía que tardaría una eternidad en explicarlo todo. Quería gritar: «¡Escucha, no tenemos mucho tiempo!». Sin embargo, no lo hizo.

Nunca había sido ese tipo de estadounidense y ahora, por una vez, desearía serlo. En lugar de eso, se escuchó a sí misma respondiendo a una pregunta tras otra, como si tuviera todo el tiempo del mundo.

–Enseguida llega la ayuda –dijo por fin la voz desconocida y, entre la niebla, Joy creyó oír otra sirena a lo lejos, pero, evidentemente, no podía ser.

Intentó que Yves estuviera más cómodo, moviéndolo como una marioneta controlada por un titiritero insensible. Su marido se estaba muriendo. Lo sabía. Aunque una parte de su mente aún no había terminado de asimilarlo, en un nivel frío y puramente lógico comprendía que Yves se estaba yendo, allí, delante de ella.

–Amor. Amor. Solo voy a…

Podía hacerle la respiración boca a boca. El ABC de los primeros auxilios. ¿No era eso lo que habían aprendido en aquel curso al que asistieron hacía tantos años? Vía aérea. Respiración. Circulación. No obstante, en aquel espacio reducido era imposible.

Para cuando llegó la ambulancia, había logrado desatarle la corbata. Demasiado poco; demasiado tarde. Estaba segura. No había dicho ni una palabra en casi quince minutos. Hacía una eternidad que no veía cómo se elevaba su pecho ni oía su respiración entrecortada.

–Joy… –susurró cuando lo colocaron en la camilla.

–Shh, no hables. Ahora no. Espera a que te recuperes.

Se echó a llorar. Creyó que ya lo había perdido, demasiado en *shock* como para comprender del todo lo que aquello significaba.

–Tengo que contártelo… –jadeó.

–No te preocupes. No digas nada por ahora. Sea lo que sea, ya me lo contarás cuando lleguemos al hospital.

–Es… Lo siento mucho. Yo…

Las lágrimas corrían por sus mejillas. La paramédica negó con la cabeza, como si quisiera decir: «No te preocupes, esto es normal». O al menos, Joy esperaba que eso fuera lo que quería decir.

–Para. No hay nada de qué arrepentirse. Ha sido una noche maravillosa y nos quedan un montón de cosas bonitas por vivir, esto es solo…

¿Un contratiempo? ¿No era así como lo llamaban los jóvenes? Un contratiempo…, aunque sabía que aquello estaba muy lejos de ser una pequeña alteración en sus planes. «Por favor, que no sea el final».

–No. No lo entiendes.

Jadeó en busca de aire y Joy solo quería que se callara, que dejara de hablar y se concentrara en recuperarse. Nada era más importante que eso. Quería abalanzarse sobre él, allí mismo, en la parte trasera de la ambulancia, pero había tantos cables que salían de su camisa abierta, midiendo su fuerza vital, que se contuvo. Entonces se secó las lágrimas.

–Está bien. Todo saldrá bien, de verdad –dijo, tanto para Yves como para sí misma.

–No, señor Bachand, tiene que ponerse la mascarilla de oxígeno, por favor. Le ayudará a respirar y… –dijo el paramédico, al tiempo que colocaba la mascarilla entre ellos y estiraba la goma elástica para que no se le enganchara en el pelo.

–Es importante. Llevo mucho tiempo queriendo contártelo, pero nunca llegué a hacerlo. –Levantó la mano delante de la mascarilla–. Tengo una hija…

Capítulo 1

Robyn Tessier se frotó los ojos, que sentía resecos. Si existiera un mercado para vender polvo y telarañas, ya sería millonaria. Llevaban días organizando la librería cuando se vio reflejada en el espejo antiguo que antes colgaba en la panadería de su tío. Incluso en aquel cristal envejecido se veía desprovista de color: los ojos verdes apagados y la tez pálida. Pensó que quien hubiera dicho que la palidez resultaba atractiva debía de estar de coña. Necesitaba una ducha larga y caliente. Tenía la camiseta blanca cubierta del polvo de los libros y el fino cabello rubio parecía haber perdido el brillo y adquirido un tono entre amarillento y ceroso bajo las capas de telarañas que lo impregnaban todo en el viejo local.

–Oye, ya basta de vaguear –dijo Kian, al tiempo que abría la puerta.

Y ese era el motivo por el que Robyn sabía que estaba pilladísima por Kian Lawson. Se quedó ahí plantado, mientras sostenía una caja llena de libros en una mano y dos tazas grandes de té en la otra. El cabello oscuro le caía sobre los ojos y tenía una sonrisa tonta dibujada en el rostro. ¡Costaba creer que tuviera un doctorado en filosofía alemana antigua! Ambos estaban exhaustos. Había sido un día largo y tedioso, durante el cual habían intentado entender un sistema que quizá alguna vez significó algo para el querido y viejo Douglas Howard. Ahora, después de limpiar a fondo el lugar y de colocar unos estantes nuevos en lo

que un día fue la cocinita de Douglas, decir que todo aquello era un caos se quedaba corto.

–Venga, Robyn, que tampoco nos llevará tanto tiempo –intentó animarla, a pesar de que no tenía por qué haberse molestado, pues haría cualquier cosa por sacar adelante el negocio. La librería. Su propio negocio, allí mismo, en Ballycove. Desde que se hizo cargo, un nerviosismo cercano al pánico parecía invadirla con demasiada frecuencia como para ignorarlo. Tenía miedo y quizá Kian fuera el único que lo sabía. Sin duda, era la única persona a la que se lo podía confesar.

–Pero y si…

–Venga, no sirve de nada darle vueltas a los «y si…». Me dijiste que abrirías la librería dentro de una semana. Es lo que siempre has querido hacer y abrirás dentro de una semana, aunque me deje la vida en ello. Así que tú decides: ¿colocamos estos libros en las estanterías o los dejamos apilados en las cajas?

Le encantaba meterse con ella, pero al menos consiguió que esbozara una sonrisa. Qué segura se sentía a su lado… Siempre la había hecho sentir así.

Había cajas por todas partes, apiladas unas sobre otras; unos cubos interminables de cartón repletos de libros de segunda mano que le compró a la sobrina de Douglas Howard. El tío abuelo de Robyn, Albie, estaba que trinaba porque consideraba que había pagado demasiado por ellos. Pero, ¿qué era una librería sin existencias? Si hubiera salido a comprar libros nuevos, se habría gastado diez veces más.

–*Stóirín*, Robyn –le había dicho su tío abuelo con cariño–, si la gente no los compró durante todos los años que Douglas los tuvo almacenados en esa tiendita, ¿qué te hace pensar que los comprarán ahora?

–La diferencia es que yo no me limitaré a vendérselos a los peatones de Ballycove, Albie. –Y lo decía en serio–. Los libros no son como los pasteles. No tienen fecha de caducidad. Además, puedo enviar un libro por correo al otro lado del mundo siempre que el cliente se haga cargo de los gastos.

Por supuesto, también tenía que agradecerle a Kian su afición por los libros raros y difíciles de encontrar. Fue él quien la introdujo en el mundo de la venta *online* de libros de especial interés. De hecho, podría decirse que gracias a él tuvo alguna oportunidad de ganarse la vida con aquello en lo que había puesto todas sus esperanzas.

–Tienes razón. No podría hacer lo mismo con mi pan de soda irlandés –dijo rascándose la cabeza, como si el mundo avanzara demasiado rápido, aunque su tío Albie era de lo más espabilado que existía.

–¿Dónde coloco esto? –preguntó Kian arrancándola de sus pensamientos y, de alguna manera, consiguió calmar el pánico que la invadía al pensar en la inminente llegada del día de la inauguración.

–Mmh. A ver, ¿trenes, aviones y coches? Se me había ocurrido que podríamos colocar todo lo relacionado con el transporte en la salita del fondo. ¿Qué te parece?

Estaba convencida de que, si creaba distintos espacios con personalidad propia, podría sacar partido del lugar en redes sociales. La librería era bastante grande, pero estaba dividida en varios rinconcitos que se prestaban a crear algo especial. A los usuarios de Instagram y TikTok les encantaban las estrategias virales, las monerías y todo lo que llamara la atención. Había decidido convertir aquel lugar en su escaparate. Al fin y al cabo, se le daba mucho mejor tratar con la gente por internet que cara a cara; ¿por qué no aprovecharlo?

–Buena idea. Bien, pues yo me encargo de localizar todos los libros de temática transporte y de colocarlos allí. Eso dejará bastante encauzado el asunto.

Estaba siendo demasiado optimista.

–Pensaba crear una sección infantil justo en la entrada. –Tenía muchísimos libros infantiles, algunos tan antiguos que probablemente nadie los querría, pero, aun así, la ratona de biblioteca que llevaba dentro no pudo resistirse a la tentación de colocarlos en una estantería–. Podría montar un pequeño espectáculo con los libros nuevos en el escaparate, cuando…

Eso no cuadraba del todo. Sabía que tendría que empezar a obtener beneficios antes de siquiera pensar en encargar los últimos superventas.

Se pusieron a trabajar en silencio, cada uno absorto en la tarea de clasificar y colocar los libros. Tenía suerte de poder contar con la ayuda de Kian y se preguntaba, como tantas veces a lo largo de los años, por qué seguía viniendo. Al fin y al cabo, trabajaba en una universidad donde no le faltarían personas con las que pasar el rato; seguro que tenía un montón de amigos con los que ponerse al día. También tenía compañeros, y sin duda los bares universitarios estarían llenos de gente, bueno, y de chicas no mucho más jóvenes que ella, con quienes podría haber pasado cada dos fines de semana en lugar de ir a echarle una mano.

–Me encanta venir aquí –le dijo cuando se lo comentó más tarde–. De hecho, espero que me conviertas en tu socio. Sin duda me vendría bien una parte de las ganancias.

Estaba de broma. Unos meses antes había conseguido el puesto de sus sueños: trabajar como profesor en uno de los programas de filosofía más prestigiosos del país. En el departamento lo consideraban una eminencia en lo que respecta a los primeros filósofos alemanes.

–¿Así que yo haría todo el trabajo y tú te quedarías con el Porsche? –Nadie detestaba más la idea de comprarse un coche deportivo que Kian–. Mmh, no me convence la idea. Por ahora, digamos que estás de prácticas. O, mejor aún, ¡que son tus horas de servicio comunitario!

Se echó a reír mientras Kian sostenía un libro con una fotografía de un viejo Ford T en la portada.

–Venga, vamos. Ha llegado la hora de alimentarme –dijo, y la ayudó a levantarse del suelo. Se puso de pie con la agilidad de una gimnasta; el ejercicio físico de las últimas semanas le había sentado bien. Aunque le dolía todo el cuerpo, paradójicamente nunca se había sentido tan en forma ni tan feliz–. Bueno, pensándolo mejor, ¿por qué no pedimos comida para llevar? –preguntó mientras la guiaba hacia la puerta de la librería.

En el exterior, ya había caído la noche y las calles brillaban con la humedad de la lluvia que no había oído caer.

Dos puertas más abajo, alguien trabajaba en la tiendita que en su día fue una pescadería. Había cerrado hacía años, cuando Robyn aún era pequeña, y ahora estaba cubierta de telarañas y grietas.

–Tiene pinta de que va a ser una cafetería. Qué bien me viene –dijo Kian mirando a través del cristal.

Un joven pintaba el antiguo mostrador. Era de un marrón tan oscuro que Robyn casi lo recordaba como negro. Ahora lo estaban transformando en un intenso color granate.

–Parece que va a quedar chulo –añadió ella.

El mostrador, antiguo y de pared a pared, daba directamente a la calle. De algún modo, aquello le insufló un poco de optimismo.

No era la única persona en el mundo dispuesta a arriesgarse apostándolo todo por un pueblito tranquilo con vistas al océano Atlántico.

–Sabes… –Kian se giró y la sujetó justo cuando ella estuvo a punto de caer en sus brazos.

Se detuvieron un instante. La luna, en su media forma dorada, parecía apartar la mirada, de modo que solo quedaron ellos dos en la calle desierta, con el sonido de la lluvia goteando en la alcantarilla. Robyn contuvo la respiración. ¿Había llegado el momento? ¿Estaba a punto de besarla? Cerró los ojos. Nadie lo sabría; allí solo estaban ellos y sentía que eran las únicas personas en el mundo. Lo anhelaba con todas sus fuerzas. Entonces, él la ayudó a enderezarse. La estabilizó con sus brazos fuertes y delgados para que sus pies volvieran a encontrar el suelo. Solo fue un instante de torpeza. Cuando retomaron el paso, se vio obligada a recordarse que era su amiga y nada más.

–Perdón –dijo Kian–. Te estaba diciendo que es una buena señal, ¿no te parece?

–Sí –respondió Robyn en un susurro, demasiado ocupada intentando que su voz se mantuviera firme.

Estaba enamorada de Kian, probablemente desde hacía años, pero era un amor no correspondido. Siempre lo había sabido y, dejando a un lado lo que le había pasado aquella noche, debía tenerlo presente. Lo último que quería era estropear su amistad y dejarse arrastrar por la emoción de ver la librería por fin lista y por la magia de aquella inmensa luna dorada que coronaba el cielo.

Capítulo 2

Joy había insistido en acompañar a Yves en la ambulancia hasta el hospital. Como cabía esperar, estaba en estado de *shock*. No se daba cuenta de que iban a toda velocidad por las calles mojadas y cubiertas de niebla, ni de que patinaban en cada curva como si sus vidas no valieran nada.

Sus pensamientos eran un completo caos. Yves había sufrido un infarto. Podría haber muerto. Aún podía morir. Tenía una hija. Había tenido que controlar las ganas de corregirlo: «No, no. Tuvimos un hijo. Claude. Claude Bachand. Le pusimos ese nombre por tu padre. Lo quisimos más que a nada en este mundo. ¿No recuerdas que murió y que su pérdida casi acaba con nosotros?». El peso familiar se le asentó en los hombros como un manto de plomo helado; aun así, después de todo ese tiempo, era imposible quitárselo de encima.

Yves tenía una hija.

Joy se aferró a la mezuzá judía que colgaba de su vestido, un talismán de diamantes y perlas que la abuela de Yves se había traído desde Polonia durante la guerra. Los protegía. Los mantenía a salvo. Era lo más preciado que le había dado jamás. Ahora sentía que era lo único que la mantenía anclada a la realidad. ¿Cómo era posible que no supiera algo así de su propio marido? ¿Y dónde estaba su hija? ¿Escondida en algún cuchitril al otro lado de la ciudad? ¿Seguía con su vida, ajena a la profunda herida que la mera mención de su existencia había abierto en el alma

de Joy? O tal vez seguía siendo una niña que iba al colegio y dormía a pierna suelta en aquel preciso instante, sin saber que su padre estaba de camino al hospital, quizá al borde de la muerte. Eso sería mucho peor. Joy rezaba por que la hubiera concebido antes de conocerla, aunque sabía que debía rezar por su recuperación. Y se odiaba por ello.

Para cuando llegaron al hospital era un manojo de nervios, un despojo total. Era como si le hubieran arrancado los cables de la cordura.

Se llevaron a Yves a toda prisa hacia las entrañas del hospital, fuera del alcance de su vista, mientras una auxiliar administrativa intentaba hacer entrar en razón a su aturdida mujer. Joy captó vagamente la mezcla de paredes color canela y el suelo de revestimiento antideslizante, de un tono rojo sangriento, la torre de papeleo que se tambaleaba sobre el escritorio de la mujer y, finalmente, un lunar en su mejilla del que crecían tres pelos largos. Joy se sorprendió clavando la vista en ese detalle, algo que normalmente habría ignorado por completo y fingido no haber visto. Aquella noche solo quería concentrarse en cualquier cosa que no fuera el motivo por el que se encontraba allí contestando a preguntas que no quería escuchar.

Sentía que todo aquello le estaba sucediendo a otra persona.

Yves tenía una hija. Era lo único de lo que era consciente mientras seguía la línea azul del suelo que la guiaba hacia los ascensores y luego hacia una habitación.

–Han preparado esta cama para tu marido. –La jefa de enfermería la cogió del brazo y la condujo a una habitación privada. Más tarde, se preguntaría si le había dicho cómo se llamaba, pero la verdad es que apenas recordaba su propio nombre en ese momento–. Todavía no lo subirán.

–¿Eh?

–Le tienen que hacer unas pruebas y…

–Ah, claro.

Joy negó con la cabeza. Sabía que le administrarían medicamentos caros. Yves no era el primero de su círculo de amigos en terminar en la unidad de cuidados cardiológicos como consecuencia de una trayectoria laboral estresante y de su afición al vino tinto, a los buenos puros y a coger taxis en vez de caminar. Habría que tomar decisiones sobre la colocación de un *stent* o de un baipás coronario y, después, sobre los cambios necesarios en su estilo de vida. Se acabaron los puros; un poco de tinto muy de vez en cuando; algo de grasas, pero con moderación. Nada de estrés. Bueno, eso ya no iba a ser un problema. Al fin y al cabo, Yves se acababa de jubilar. Su único plan era vivir la buena vida. No dijo nada de eso porque, mientras estaba allí sentada, aferrada a su bolso ridículamente pequeño, como si al hacerlo pudiera aferrarse a su lugar en el mundo –es decir, junto a su marido–, no encontraba las palabras adecuadas. Con su deslumbrante vestido y los tacones altos y frívolos, sabía que había asumido un papel casi sin darse cuenta. El de la familiar desorientada. Era lo que pasaba en los hospitales: todos tenían un papel que desempeñar, desde los médicos hasta las enfermeras. Así funcionaba. Todos te cuidaban. Y descubrió que te cuidaban incluso si no estabas enferma.

–¿Te traigo un café? ¿Te apetece un cruasán? –le preguntó una mujer con el rostro teñido de preocupación.

Joy se preguntaba qué diría aquella mujer si le contara lo que le pasaba por la cabeza en ese momento. No que su marido acababa de sufrir un infarto y que ella se había pasado media hora delirando en el asiento trasero de un coche, convencida de que estaba muerto, sino que acababa de enterarse de que tenía una hija. Una hija: lo único que

no podían tener juntos, lo único que habría hecho que todo fuera perfecto. ¿Esa mujer, con su bata de algodón y sus zapatos feos, la culparía por sentirse así?

Yves tenía una hija de la que Joy no sabía nada. Y tuvo la audacia de esperar hasta este momento para contárselo. Quería gritar de angustia y romper los cristales de las ventanas a patada limpia. Jamás habría imaginado que fuera posible sentir unas emociones tan opuestas y turbulentas al mismo tiempo.

–No. No. De verdad, estoy bien. No te preocupes por mí, debes de estar bastante ocupada. Me quedaré aquí a esperar, si te parece bien.

Dios mío, ¿cómo se las arreglaba para mantener esa farsa?

–Claro –respondió la enfermera, pero sus cejas contaban su propia historia y dejó la puerta ligeramente entreabierta, como si planeara volver a entrar en un rato.

A Joy le pareció que aquella noche, o lo que quedaba de ella, duró toda una eternidad. No pegó ojo, sino que paseó de un lado al otro de la habitación, como un león enjaulado. Más tarde, agotada tras desahogarse dando vueltas, se tiró sobre la cama, hundió la cabeza en la almohada y se echó a llorar. Pasadas las cinco, cerró los ojos y se dejó llevar a un lugar tan desconcertante como reconfortante.

Eran las seis y media cuando despertó y vio a la jefa de enfermería plantada al pie de la cama que le habían asignado a Yves. Joy se había acurrucado en la manta y acabó tapándose con ella cuando le empezó a parecer que el aire acondicionado estaba demasiado fuerte. La enfermera se aclaró la garganta, suavemente al principio, luego un poco más fuerte.

–¿Qué pasa? –La voz de Joy desprendió una agudeza de la que nunca se había percatado–. ¿Dónde está Yves? ¿Lo han operado? ¿Está…? –se calló. Quizá, en el fondo, ya

supiera que la mujer había venido para darle la peor de las noticias.

–Me temo que no traigo buenas noticias. –La enfermera se inclinó y cogió la mano de Joy entre las suyas–. Tienes que ser fuerte, *ma chérie*. –Hizo una pausa, quizá con la esperanza de que atara cabos por sí misma–. Lo siento mucho. Han hecho todo lo posible, pero tu marido perdió el conocimiento hace una hora y ha fallecido…

–Ay, no. No. Tiene que ser un error.

Joy sollozó. Sonaba más como una *banshee* que como la reservada mujer de mediana edad que siempre había creído ser (incluso de niña había sido un alma vieja). Se aferró a las sábanas, clavó en ellas los dedos, como si pudiera mantener el mundo en su sitio.

–Sé que es todo un *shock*, pero no sufrió. Al final fue como si se hubiera quedado dormido –dijo la jefa de las enfermeras con amabilidad, aunque ambas sabían que no tenía nada de pacífico morir en un hospital con una mascarilla de oxígeno, un catéter en el brazo y un desfile de desconocidos que hacían todo lo posible por evitar que alcanzara ese supuesto sueño anhelado.

–No puedo… –dijo Joy mientras se ponía de pie. Tenía que encontrar a Yves. Tenía que entenderlo. No podía haberse ido. Había hablado con él hacía tan solo unas horas. Se lo habían pasado en grande en su fiesta de jubilación. Habían hecho planes. Iban a ir a comer juntos a su restaurante favorito después de un largo paseo junto al Sena. Aquel iba a ser el primer día de su nueva vida juntos. Joy sintió el calor de las firmes manos de la enfermera sobre sus hombros–. Tengo que encontrarlo. Tenemos que solucionar esto.

–¿Por qué no te sientas aquí un ratito? Voy a traerte un café y quizá puedas llamar a alguien para que pase a recogerte. ¿O quieres que me encargue yo de llamar a alguien?

–No. No. Claro que no, Yves es mi… –Iba a decir familiar más cercano, pero de repente supo, con una terrible certeza, que se había ido para siempre. El mundo se abrió ante ella con un nuevo vacío que jamás había sentido–. ¿Puedo verlo?

–Yo… –La jefa de enfermería miró su reloj, como si intentara calcular algo. Joy no quiso pensar en qué podría ser. Quizá, lo mejor era suponer que estaba a punto de terminar su turno y quería marcharse a casa a desayunar para ver a su marido antes de que se fuera a trabajar. Luego miró a Joy con la cabeza ladeada y una mezcla de lástima y resignación–. Claro que puedes verlo, si eso es lo que quieres. Te acompaño ahora mismo.

Quedaba muchísimo por hacer. Habían pasado tres semanas desde la muerte de Yves y Joy no sabía ni por dónde empezar. Se había celebrado una ceremonia; un acto privado y elegante. Pensó que era lo que él habría querido, pero el funeral resultó demasiado sombrío y sintió que no había acertado.

No sabía cómo lo había logrado, pero había superado toda aquella terrible experiencia como si condujera su Citroën, cambiando de marcha y pisando el pedal que hiciera falta. La compasión de los demás era lo peor. Se alegraba –si es que esa era la palabra– de estar medio anulada entre el *shock* y los sedantes.

Lo cierto era que creía que Yves había muerto allí, en el camino de regreso a casa. Sí, estaba convencida: había muerto en el coche. Cuando llamó a emergencias, una parte de ella estaba segura de que ya se había ido. Ahora pensaba que la única razón por la que se había aferrado a la vida era para pronunciar aquellas últimas palabras antes de dejarla: «Tengo una hija».

Capítulo 3

2001

Fern le debía a Margot aquel impulso en su carrera. Margot. Eran como el día y la noche: Fern, con su espesa melena rojiza y rizada, tenía toda la pinta de irlandesa. Margot, en cambio, era descaradamente francesa, con el pelo largo y liso como una tabla, unos vaqueros desgastados y una actitud despreocupada con la gente. Fern la admiraba, aunque le costaba reconocerlo. Ella había llegado a París con una beca de arte. Era una chica de campo del oeste de Irlanda, así que aquello fue como aterrizar en otro planeta. La gente de allí le parecía tan… Si los comparaba con los irlandeses, le resultaban excesivamente educados, siempre intentando agradar y no incomodar a nadie. Margot, sin embargo, era todo lo contrario. Fue ella quien le presentó a Yves Bachand. Tenía un don para encontrarse con gente interesante; parecía atraerla sin esfuerzo y a su alrededor orbitaba un grupo heterogéneo de personas exitosas y de inadaptadas como Fern, a quien había ido conociendo poco a poco. La gente creía que París estaba lleno de artistas, poetas y filósofos, pero a ella le parecía que siempre eran los mismos círculos moviéndose unos alrededor de otros. Margot conocía a todo el mundo. Fern lo sabía, aunque nunca se habría imaginado que la propia Margot conseguiría que Yves Bachand, el galerista más respetado de la ciudad, se fijara en su obra.

Pero eso fue exactamente lo que ocurrió y resultó que su pintura le encantó.

El mismísimo Yves Bachand, que había convertido a un puñado de afortunados rescatados del anonimato en artistas de fama mundial. Y ahora, gracias a aquella presentación, se llevó cuatro de sus cuadros a Nueva York y le dijo que se preparara para una avalancha de pedidos.

–¡Mi primera venta! –exclamó Fern mientras bailoteaba por el estrecho apartamento parisino que compartía con Margot al tiempo que agitaba el cheque de mil libras por encima de la cabeza. Era una fortuna, o al menos para ella. Significaba que podría tomarse unas semanas libres para dedicarse de lleno al arte y que podría pagar el alquiler sin preocuparse por dejar la luz encendida, por miedo a quedarse sin monedas para el contador de prepago–. Joder, me siento tan rica que sería capaz de arrancar el puto contador de la pared, pedir el champán más caro que exista y comprar un montón de velas en La Samaritaine.

–Calma, *bébé* –dijo Margot con voz pausada mientras rellenaba sus respectivas tazas–. Te lo mereces. Nadie pinta como tú, desde el alma. Yves es capaz de ver lo mismo que veo yo: cada pincelada sobre el lienzo está meditada y busca el equilibrio perfecto entre luces y sombras. –Alzó la taza y ladeó la cabeza, en un gesto que delataba su nacionalidad francesa. A pesar de su aparente frialdad parisina, Margot había presionado a Fern con la pasión de una madre sobreprotectora para asegurarse de que triunfara. Y la quería por ello–. Además, le encantan tus cuadros. Cree que eres la próxima Hockney, pero tu obra es más oscura y sin piscinas. Me parece que es la mezcla perfecta.

–Eso espero –dijo Fern.

Que Yves le inspirara simpatía facilitó que confiara en él. También lo admiraba, claro. Al fin y al cabo, él era una de

esas figuras que llevaban años orbitando la escena artística internacional. En ese mundo, era prácticamente una estrella de *rock*. ¿No era eso lo que el poder hacía con algunos hombres? Les daba un cierto *je ne sais quoi*. Pero, pese a todo, Yves era bueno, sencillo, con los pies en la tierra, quizá incluso algo tímido.

–En fin, esta noche podemos celebrarlo. Mañana me dejaré el alma en cada pintura, ahora que se me ha presentado una oportunidad tan maravillosa. Tengo mucho que agradecerte, Margot.

Se deslizó en el sofá junto a su amiga. Una serie de coincidencias las había unido. Durante una temporada, les tocó coincidir en varios turnos seguidos en una pequeña cafetería de la Rue de l'Église, pero no fue hasta que ambas se enamoraron del mismo espejo antiguo en un mercadillo local cuando descubrieron que compartían algo más que el desprecio por los turistas maleducados y los caniches excesivamente acicalados. Margot le cedió el espejo a Peggy. A cambio, Fern se ofreció a cubrirle varios turnos para que pudiera asistir a una lectura en *The Regular*. Desde entonces, su amistad no había hecho más que fortalecerse y, ahora que compartían piso –o, para ser más exactos, una habitación individual que el casero describía como «una auténtica joyita»–, parecía que se habían unido todavía más. Era como tener una hermana, pero incluso mejor de lo que había imaginado. Durante las semanas siguientes, se volcó en crear una colección de obras que pudieran formar parte de la exposición. Pensaba llamarla *París*. Su imaginación estaba impregnada de la ciudad; ¿cómo no iba a estarlo?

Ay, el problema era que se estaba montando una película digna de un Óscar, pues todavía nadie había mencionado siquiera una exposición. Una exposición era una fantasía bastante improbable, pero por algún lado tendría que em-

pezar, ¿no? Y aunque solo una pequeña parte de lo que había leído sobre Yves Bachand fuera cierta, sabía que la venta de una de sus obras sería solo el principio de muchas más. Así que trabajó como una loca, pintando y perfeccionando cada cuadro, alejándose después para contemplar la colección en su conjunto. Sin duda tenía más profundidad que el resto de sus trabajos, pero, aun así, mientras esperaba que Yves viniera a ver las obras que había creado desde su último encuentro, estaba hecha un manojo de nervios.

–Bueno, bueno… –dijo después de permanecer de pie frente a cada lienzo estudiándolo en silencio durante lo que a Fern le pareció una eternidad. Había perdido la cuenta de cuántas veces había vuelto al principio y su expresión era indescifrable mientras se inclinaba para examinar uno de los cuadros en particular–. Esto podría ser… –empezó a decir, pero se interrumpió de inmediato.

–¿Qué? ¿Qué piensas? –murmuró ella sintiendo un nudo de nerviosismo mientras jugueteaba con el colgante que la tía Peggy y el tío Albie le habían regalado por su decimoctavo cumpleaños. Estar allí con Yves Bachand era como encontrarse a un millón de kilómetros de la vida con sus tíos en Ballycove. Aunque había perdido a sus padres en un accidente cuando era pequeña, Fern sabía que tenía muchísima suerte de contar con una familia que, incluso en la distancia, le ofrecía una seguridad que la calmaba en momentos tan tensos como aquel.

Ay Dios. Se había dejado la piel para tenerlos listos para ese día y había volcado en ellos toda su energía. Eran un compendio de cada pensamiento y cada emoción que había experimentado en las últimas semanas. Iban desde el optimismo de la Torre Eiffel, con los rayos de luz primaveral filtrándose entre la herrería, hasta su favorito, *El Sena*, que hablaba de aquellas emociones que prefería no compartir. En ellos con-

vivían la oscuridad de la pérdida de sus padres, la solidez de la familia que la había acogido con los brazos abiertos y, también, ese rayo de esperanza que Margot había traído a su vida con intensidad. Al pintar sus emociones más profundas, estas se habían convertido en algo de una belleza inmensa.

–Creo que tu obra es espectacular. Todos tus cuadros lo son. Creo que es… –se giró hacia ella y esbozó una sonrisa un poco triste–. Creo que podría ser la cúspide de toda mi carrera.

–¿De verdad te parecen tan buenos?

–Me parece que son frescos, hermosos, robustos e incluso exquisitos. –A pesar de la áspera honestidad de su voz, el síndrome del impostor que la atormentaba la hacía dudar de todo. «Exquisito» era una palabra que esperaba que no usara a la ligera. Yves extendió la mano y la apoyó sobre su codo antes de continuar–: Al sacar a la superficie cada emoción en el reducido espacio de un puñado de lienzos, has creado algo parecido a la alquimia. Es probable que estas pinturas cambien mi forma de ver el mundo durante mucho tiempo.

–Oh –fue lo único capaz de decir.

Todo le resultaba demasiado surrealista. Al fin y al cabo, no era más que una chica normal y corriente que había viajado más lejos de lo que creía merecer y que, de alguna manera, había conseguido entrar en la École des Beaux-Arts. En Ballycove, su mayor ambición había sido poder llamarse artista algún día, pero pensar que podría crear algo con tanto poder… bueno, la dejó sin aliento por un instante y no supo qué decir.

–Además, es espléndido que tenga una temática tan concreta –añadió–. Ya tengo algunos compradores interesados, pero creen que están consiguiendo auténticas gangas, como los demás… –Sacudió la cabeza y sonrió–. Déjamelo a mí.

Esto –dijo apoyando la mano con sumo cuidado sobre el cuadro de *El Sena*– merece mucho más que ser vendido al mejor postor.

Se rio y Fern notó que su expresión se suavizaba. Algo había cambiado en él y se preguntó si se estarían haciendo amigos.

Una exposición. Iban a celebrar una exposición en París, en una pequeña galería que acababa de abrir próxima a la Rue de Seine, la calle que llevaba al famoso río. Fern tenía que repetírselo una y otra vez. París quería albergar su exposición; no Ballycove, no en un evento simbólico, sino en una galería de verdad. Para que se sintiera aún más real, había guardado una de las invitaciones impresas y la había colocado en su tocador, junto a una fotografía de sus padres. Habrían estado muy orgullosos de ella. Al menos Albie y Peggy podrían venir a celebrarlo.

La noche de la exposición llegó demasiado rápido. Lo típico: pasas semanas deseando que llegue el día y, cuando por fin está ahí, te das cuenta de que ni siquiera has logrado encontrar unas medias sin enganches para una ocasión que llevabas esperando tanto tiempo.

Fue una velada maravillosa; un torbellino de presentaciones y discursos que acabó por marearla. Al final, le tocó decir unas palabras. En realidad, no tenía ni idea de qué decir, así que se limitó a murmurar varios «*Merci beaucoup*» a su familia, a Margot y, por supuesto, a Yves, quien había hecho más por su carrera que los cuatro años que pasó en la escuela de arte más prestigiosa de Francia.

Mientras permanecía allí, plantada en medio de la galería y dejándose arrastrar por el éxito, tuvo la sensación de que solo sería capaz de comprender de verdad todo lo ocurrido dentro de unos días. Por ahora, la euforia la embriagaba. Sentía que, si se lo propusiera, podría echarse a volar.

Solo por una noche, Yves había reservado habitaciones en el Ritz para Fern, Margot, Albie y Peggy. «¿El Ritz? ¿El auténtico Ritz de París?», había susurrado Peggy, como si quisiera asegurarse de que no se había equivocado. Yves bromeó diciendo que era un gasto más que justificado.

Quedaba otra hora para socializar y establecer contactos antes de que la galería cerrara sus puertas por aquella noche.

–Poco más podemos hacer aquí. –Yves llegó con su chaqueta justo cuando las puertas principales se estaban cerrando para los últimos rezagados de la noche–. Regresemos al Ritz, ¿te parece? –Parecía cansado.

–Ha sido un día largo para ti, ¿eh? –dijo Fern mientras el taxi negro en el que se habían montado recorría a toda velocidad las calles mojadas de París.

–Sí. A veces pienso que ya estoy demasiado viejo para esto.

–Ni que fueras tan mayor… –replicó entre risas.

–Tengo cincuenta y dos –dijo con cariño.

–Es una buena edad.

–Fíjate que creo que es la mejor que he tenido. –Una sonrisa tironeó de sus labios.

–Ah, ¿sí?

–He conocido a alguien. Joie. –Su rostro se iluminó con una serenidad que contrastaba con el ritmo frenético de la noche–. Fue de pura casualidad. No tiene nada que ver con este mundo, pero creo que nunca me he sentido tan a gusto como cuando estoy con ella. –Miró por la ventana como si hablara consigo mismo–. Esto debe de sonar ridículo para alguien que tiene toda la vida por delante –echó la cabeza hacia atrás y se rio–. Creo que le voy a pedir matrimonio. –Parecía que la idea se le había ocurrido hacía poco–. Pero…

–¿Pero?

–Puede que me diga que no.

Se detuvo y, de pronto, Fern comprendió que, sin los elementos propios de su carrera, Yves Bachand se sentía inseguro.

–Pues claro que dirá que sí.

Fern se echó a reír y se preguntó qué clase de mujer podría hacer que un hombre como Yves dudara de sí mismo.

–Ojalá… –susurró él.

Fern solo deseaba felicidad para Yves, pero una vocecita en su interior le susurraba qué sería de su carrera si lo dejaba todo por esa mujer. Al llegar al Ritz, supo que tenía que decir algo, lo que fuera, porque, de lo contrario, no pegaría ojo.

–Yves, ¿qué sería de…? Es decir, espero que no te importe que pregunte, pero ¿has pensado en…?

–La verdad es que no he pensado en nada más allá de lo que acabo de decir, pero no te preocupes, esta noche ha puesto tu estrella en marcha. Aunque mañana me cayera por un precipicio, tendrías a los mejores agentes llamando a tu puerta –dijo mientras le estrechaba la mano–. Es oficial: ahora eres la sensación del mundo del arte parisino, Fern. No tienes de qué preocuparte.